

S.E.R. CARDENAL STANISLAW RYLKO
Presidente del
Consejo Pontificio para los Laicos
Ciudad del Vaticano

Acto oficial de apertura de curso

CONFERENCIA

La misión de los laicos y la nueva evangelización

Murcia, 13 de noviembre de 2007

1. La evangelización: un desafío permanente

En la vida de la Iglesia, la evangelización constituye un desafío permanente. En toda época –por lo tanto, también en la nuestra–, los cristianos estamos llamados a confrontarnos seriamente con el mandato misionero de Cristo resucitado: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16, 15). La Iglesia ha sido enviada al mundo para evangelizar; vive perennemente en estado de misión. Evangelizar al mundo es su razón de ser. Sin embargo, en nuestro tiempo esta tarea se ha vuelto particularmente difícil por el surgimiento y la difusión de nuevos fenómenos sociales y culturales, que están asumiendo en varios aspectos las características de una verdadera y propia “anti-evangelización”. La cultura postmoderna está llevando a una gravísima crisis, caracterizada por un aterrador vacío de valores acompañado de un vistoso nihilismo. A esta situación corresponde un alarmante y difuso proceso de erosión de la fe, una especie de “apostasía silenciosa”,¹ un “extraño olvido de Dios”.² El desarrollo de la globalización contribuye de manera determinante a ampli-

¹ Cfr. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, n. 9.

² Cfr. Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 16 de junio de 2006, p. 314.

ficar el fenómeno. Poblaciones enteras de países de antigua tradición cristiana se han convertido casi en verdaderas “tierras de misión”.³ A propósito, me vuelven a la mente las dramáticas palabras de Cristo: «Cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (Lc 18, 8). Sin embargo, al mismo tiempo emergen comportamientos que van en dirección contraria. Vemos no pocos “profetas” del “eclipse de lo sagrado” y de la “muerte de Dios” que hablan hoy de manera sorprendente de un “regreso a lo sagrado”, o es más, de un “despertar religioso”⁴, que a menudo se manifiesta en un “nomadismo espiritual”, una especie de “turismo del alma”, una migración sin tregua de un culto a otro, de una experiencia religiosa o pseudo-religiosa a otra.⁵ Se ha de reconocer que se trata de fenómenos bastante ambiguos, y muchas veces equívocos. Aun así, éstos evidencian con claridad que el “hambre de Dios” no se ha apagado en el corazón del hombre de hoy. El papa Benedicto XVI afirmaba al respecto: «No quiero desacreditar todo lo que se sitúa en este contexto. Puede darse también la alegría sincera del descubrimiento. Pero a menudo la religión se convierte casi en un producto de consumo. Se escoge aquello que agrada, y algunos saben también sacarle provecho».⁶ Pensemos en la invasión de las sectas, en la difusión de los cultos orientales, en el ocultismo o la magia, o en los estilos de vida inspirados por el *New Age*.

En síntesis, esta es la situación en la cual la Iglesia está llamada a cumplir su misión. Ciertamente se trata de una situación dramática que requiere con urgencia respuestas valientes. La mies evangélica de nuestros tiempos es inmensurable, pero los obreros –como siempre– son pocos (cfr. Mt 9, 37). Necesitamos un cambio de mentalidad radical y un despertar de la conciencia misionera por parte de todos, laicos y sacerdotes, según las palabras de Pablo: «¡Ay de mí si no predico el Evangelio!» (1 Co 9, 16). Como nos ha enseñado el siervo de Dios Juan Pablo II, necesita-

³ Cfr. H. Simon, *Vers une France païenne?*, París 1999; H. Tinq, *Dieu en France, Mort et résurrection du catholicisme*, París, 2003.

⁴ Cfr. M. Introvigne, *Il Sacro post-moderno. Chiesa relativismo e nuovi movimenti religiosi*, Milán, 1996.

⁵ Cfr. C. Gatto Trocchi, *Nomadi spirituali. Mappa dei culti del nuovo millennio*, Milán, 1998, p. 11.

⁶ Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de la XX Jornada Mundial de la Juventud en Colonia*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 26 de agosto de 2005, p. 446.

mos nuevos métodos, nuevas expresiones y nuevo ardor.⁷ Es necesario liberarse de una mentalidad preocupada simplemente por la conservación del *status quo* y ponerse en camino, como nos pide el mismo Cristo, para anunciar el Evangelio “desde los tejados”, en los caminos y plazas de nuestras ciudades (cfr. *Mt* 10, 27). Debemos, por lo tanto, abandonar la idea de comunidades cristianas cerradas, vueltas sobre sí mismas y auto-referenciales, para desarrollar comunidades abiertas, misioneras, en búsqueda continua de los alejados. Se trata evidentemente de una verdadera “conversión pastoral”. Benedicto XVI nos alienta: «Las personas no conocen a Dios, no conocen a Cristo. Existe un nuevo paganismo y no basta que tratemos de conservar a la comunidad creyente, aunque esto es muy importante. (...) Creo que todos juntos debemos tratar de encontrar modos nuevos de llevar el Evangelio al mundo actual, anunciar de nuevo a Cristo y establecer la fe».⁸ Las palabras del Santo Padre nos servirán de guía para desarrollar nuestras reflexiones sobre el tema de esta conferencia: “La misión de los laicos y la nueva evangelización”.

2. *Los laicos en primera línea en la misión...*

Las enseñanzas del Concilio Vaticano II han ayudado a muchísimos laicos, hombres y mujeres de nuestro tiempo, a redescubrir la importancia y la belleza de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. Verdaderamente tocó la “hora del laicado”, que ha suscitado tantas expectativas y esperanzas. Uno de los signos más relevantes de nuestro tiempo es el hecho que justamente los fieles laicos están llamados a alinearse en primera fila, como protagonistas en la tarea de la nueva evangelización. Ser laico en la Iglesia es una verdadera vocación. Los laicos, insertados en Cristo a través del bautismo, partícipes, por lo tanto, de la triple misión sacerdotal, profética y real, son sujetos activos y responsables de la misión que el Señor ha confiado a su Iglesia: «Id por todo el mundo y

⁷ Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea del CELAM*, en: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VI/1 (1983), pp. 690-699.

⁸ Benedicto XVI, *Discurso a los miembros de la Conferencia Episcopal alemana*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 26 de agosto de 2005, p. 15.

proclamad la Buena Nueva» (Mc 16, 15). El Concilio Vaticano II nos recuerda que en la Iglesia «hay diversidad de ministerios, pero unidad en la misión»;⁹ por lo tanto, la misma vocación cristiana es de por sí una vocación misionera, todos somos responsables de la misión. El elemento específico de la vocación de los laicos consiste en la “índole secular”: «A los laicos –explica el Vaticano II– pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y a cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad».¹⁰ Este carácter secular caracteriza no sólo el apostolado, sino también la espiritualidad y el camino de santidad de los fieles laicos. El laico no huye del mundo, pues está llamado a evangelizar el mundo y a santificarse en él. Sólo gracias a su acción el Evangelio podrá penetrar en los areópagos modernos de la cultura, la economía, la política, los medios de comunicación. En tiempos como los nuestros, la evangelización es absolutamente impensable sin una activa participación de los laicos. ¡Eludir este deber sería una verdadera traición a su vocación! En la Exhortación apostólica “*Christifideles laici*”, Juan Pablo II corrobora que las «nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. «*A nadie le es lícito permanecer ocioso*».¹¹ Y en este sentido, no faltan hoy signos de esperanza: es verdad que en varias partes del mundo, desde el punto de vista numérico –a causa de la difusión de la secularización–, la comunidad cristiana se ha reducido, pero también es verdad que, gracias a la renovación con-

⁹ Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

¹⁰ Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 31.

¹¹ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 3.

ciliar, asistimos a un verdadero “salto cualitativo” en lo que respecta a la radicalidad evangélica en la vida cristiana y en el empuje misionero de tantos laicos. Retomaremos este argumento más adelante.

3. *El identikit del evangelizador laico*

Tratemos ahora de esbozar brevemente el *identikit* del evangelizador laico, recalcando tres características que a nuestro parecer revisten una particular importancia en la situación actual. La primera consiste en una *sólida y clara identidad cristiana*. La así llamada cultura postmoderna, que domina la escena del mundo, busca neutralizar la presencia cristiana en la sociedad imponiendo modelos de vida sin Dios. La “modernidad líquida” (Z. Bauman), el “pensamiento débil” (G. Vattimo) y la “dictadura del relativismo” (Benedicto XVI) generan personalidades frágiles, fragmentadas, incoherentes, “líquidas” y “débiles” también entre las filas cristianas. En tal contexto, la claridad, la solidez y la coherencia de la identidad cristiana cada vez más son puestas en discusión. Es necesario, por tanto, regresar a lo esencial de nuestra fe. Nos lo recuerda el Papa: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».¹² Pero la raíz vital desde la cual se desarrolla nuestra identidad cristiana es el bautismo. Y es el mismo Benedicto XVI que nos lo explica nuevamente de manera magistral: el sacramento del bautismo «es realmente muerte y resurrección, un nuevo nacimiento, transformación en una vida nueva. Es lo que dice san Pablo en la carta a los Gálatas: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Ga 2, 20). Así, a través del bautismo ha cambiado mi identidad esencial y yo sigo existiendo sólo en este cambio. Mi yo desaparece y se inserta en un nuevo sujeto más grande, en el que mi yo está presente de nuevo, pero transformado, purificado».¹³

¹² Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

¹³ Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 27 de octubre de 2006, p. 556.

La segunda característica del *identikit* del evangelizador laico es su *fuerte sentido de pertenencia a la Iglesia*. El ambiente en el que vivimos ejercita sobre cada uno de nosotros una presión continua con el fin, a su vez, de afiliarnos a las realidades más variadas y a veces incompatibles entre sí, además de forma parcial y superficial. El hombre de hoy se siente obligado a jugar simultáneamente roles diversos y frecuentemente contradictorios, perdiendo al final el sentido de la propia identidad. Es un riesgo que corren también tantos cristianos, privados de un punto claro de referencia y privados de una fuerte conciencia de pertenencia “totalizadora” capaz de unificar todas las dimensiones de la vida confiriéndoles un significado completo. Se impone, por tanto, la cuestión de cómo alimentar en los fieles laicos un sentido de pertenencia fuerte, capaz de generar una participación efectiva a la vida y a la misión de la Iglesia. En la parroquia permanece ciertamente la “estructura maestra”, indispensable para crear las condiciones para que madure tal sentido de pertenencia. En nuestros días, sin embargo, la parroquia por sí sola no es suficiente. En muchos casos, a causa de su extensión demasiado amplia, ésta se ha transformado en una institución anónima, considerada como lejana para tantos fieles. Tiene necesidad evidentemente del apoyo y de la mediación de pequeñas comunidades, movimientos eclesiales y agregaciones laicales de diverso tipo, comprendidas aquellas que tienen una larga tradición en la Iglesia, como las confraternidades. Se trata del modelo de la parroquia estructurada como gran comunidad constituida por pequeñas comunidades.

Finalmente, la tercera característica distintiva del evangelizador laico es *la valentía de una presencia visible e incisiva en la sociedad*. Mirando el mundo postmoderno es difícil no encontrarse de acuerdo con René Rémond, que habla de la difusión de un “nuevo anti-cristianismo”, una especie de “cristianofobia”, una “cultura contra Dios” capaz de asumir formas muy agresivas. Rémond observa: «Hay que preguntarse si sus detractores osarían atacar de la misma manera otras religiones». ¹⁴ El principio de laicidad del Estado tiende a transformarse en un laicismo radical y agresivo, que deja siempre menos espacio a los cristianos, y de manera particular a los católicos, no obstante las tan abanderadas declaraciones de pluralismo y

¹⁴ R. Rémond e M. Leboucher, *Il nuovo anticristianesimo*, Turín, 2007, p. 28 (*TdI*).

tolerancia. El debate en torno a la Constitución Europea nos lo demuestra. El testimonio coherente de Cristo y el anuncio del Evangelio se convierten en un desafío particularmente arduo en un mundo que pretende herméticamente encerrar a la fe en la esfera de lo privado. Para ir contra corriente con respecto al “pensamiento políticamente correcto”, se requiere tener la valentía de convertirse en “signos de contradicción”, siguiendo las huellas de Cristo (cfr. *1 Pe 2, 21*). En pocas palabras, los fieles laicos deben redescubrir urgentemente el alcance profético de su vocación cristiana.

4. *¿Cómo evangelizar hoy?*

Tenemos ahora que preguntarnos: ¿Cómo evangelizar el mundo post-moderno? Ciertamente no pretendemos ofrecer recetas listas para el uso; trataremos más bien de indicar algunas vías que se pueden recorrer y que nos parecen fundamentales para la evangelización. La primera: es urgente que en la Iglesia se redescubra *el valor y la necesidad del primer anuncio de la fe*, es decir, del *kerygma*.¹⁵ En la situación actual, donde se da una fuerte y difundida erosión de la fe y del sentido de pertenencia eclesial, no se puede dar por descontado el conocimiento de Cristo, ni siquiera en países de gran tradición cristiana. Cada vez más, se extienden las áreas sociales y geográficas que se pueden considerar en todo sentido como “tierra de misión” destinatarias de la “*missio ad gentes*” en el aspecto de método y de contenidos. En la Iglesia hemos de ser conscientes de la situación y extraer las consecuencias pastorales que derivan de ella. Cada uno está llamado a despertar y cultivar en sí mismo el impulso misionero que lo empuje a salir de los muros de las iglesias en búsqueda de quien no cree, de quien se está lejos, de quien se encuentra perdido, de quien ha caído en el torpor de la indiferencia. Para Europa, que aún puede gloriarse de sus antiguas raíces cristianas, ha regresado el tiempo de proclamar el *kerigma*, de realizar el primer anuncio de la fe que llama a una profunda conversión. San Agustín tiene palabras de candente actualidad: «Cuando se extravían y las buscamos (las ovejas), nos dicen, para su error

¹⁵ Cfr. Commissione episcopale della CEI per la dottrina della fede, l’annuncio e la catechesi, *Questa è la nostra fede. Nota pastorale sul primo annuncio del Vangelo*, Milán, 2005.

y perdición, que no tienen nada que ver con nosotros (...) “Si ando errante –dicen–, si estoy perdida, ¿para qué me quieres? ¿Para qué me buscas?” Te quiero hacer volver precisamente porque andas extraviada; quiero encontrarte porque te has perdido. “¡Pero si yo quiero andar así, quiero así mi perdición!” ¿De veras así quieres extraviarte, así quieres perderte? Pues tanto menos lo quiero yo. Me atrevo a decirlo, estoy dispuesto a seguir siendo inoportuno. Oigo al Apóstol que dice: *Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo.* (2 Tm 4, 2).¹⁶ Una espléndida lección para todos nosotros sobre la auténtica actitud misionera.

La segunda vía maestra es *la iniciación cristiana postbautismal*. Como hemos visto, en la vida de los cristianos el bautismo reviste un rol central y decisivo. La Exhortación apostólica *Christifideles laici* lo corrobora con fuerza: «No es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios». ¹⁷ Hemos llegado al momento de reconocer el rol central de la catequesis mistagógica del bautismo, la confirmación y la eucaristía, los tres sacramentos de la iniciación cristiana, según las grandes enseñanzas de los Padres de la Iglesia, entre los cuales sobresale San Ambrosio. ¹⁸ También en este caso será necesario una verdadera “conversión pastoral”, un profundo cambio de mentalidad de pastores y laicos.

La tercera vía para la evangelización es la *diaconía de la caridad*, un camino que aprecia mucho el Papa Benedicto XVI. El Santo Padre subraya que «para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia». ¹⁹ En otra ocasión, el Papa afirmó: «La fuerte unidad que se realizó en la Iglesia de los primeros siglos entre una fe amiga de la inteligencia y una praxis de vida caracterizada por el amor mutuo y por la atención solícita a los pobres y a los

¹⁶ S. Agustín, *Sermón sobre los pastores*, Disc. 46, 14-15; CCL 41, 541-542.

¹⁷ Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 10.

¹⁸ Cfr. J. Daniélou – R. Du Charlat, *La catechesi nei primi secoli*, Turín, 1982.

¹⁹ Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, n. 25.

que sufrían, hizo posible la primera gran expansión misionera del cristianismo en el mundo helenístico-romano. (...) Este sigue siendo el camino real para la evangelización». ²⁰ Estas son las tres vías que se tienen que recorrer para evangelizar el mundo de hoy; es cierto, éstas tienen su origen en la Iglesia naciente, pero justamente por el hecho que remiten a la fuente de la vida cristiana, se muestran con sorprendente actualidad y de gran eficacia.

5. Los contenidos del anuncio: el regreso a lo esencial

Según Benedicto XVI, si queremos evangelizar es necesario regresar a lo esencial de nuestra fe. Frecuentemente, la predicación ordinaria de nuestras iglesias ha sido dominada por un moralismo estéril, a menudo dispersivo, distraído en cuestiones marginales, muy lejos de los problemas cruciales de nuestro tiempo; es la “*crisis de Dios*”, la ausencia de Dios camuflada por una religiosidad vacía y estéril. El Papa repite que se trata de reafirmar «la centralidad de Dios; y no precisamente de un Dios cualquiera, sino del Dios que tiene el rostro de Jesucristo. Esto es muy importante hoy. Se podrían enumerar muchos problemas que existen en la actualidad y que es preciso resolver, pero todos ellos sólo se pueden resolver si se pone a Dios en el centro, si Dios resulta de nuevo visible en el mundo, si llega a ser decisivo en nuestra vida y si entra también en el mundo de un modo decisivo a través de nosotros». ²¹ Por lo tanto, debe estar muy claro que Dios –un Dios de amor, un Dios de misericordia– ha de ser puesto al centro de todos nuestros proyectos de evangelización; en nuestra praxis misionera Dios no puede ser reducido a una especie de adorno, a un apéndice, a un pretexto para alcanzar otros objetivos, considerados quizás más interesantes para el hombre de hoy. El Papa señala: «Quien no da a Dios, da demasiado poco». ²² Parece una llamada demasiado evidente, pero desgraciadamente la vida demuestra que no es así...

²⁰ Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 27 de octubre de 2006, p. 558.

²¹ Benedicto XVI, *Homilía a los obispos suízos*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 17 de noviembre de 2006, p. 591.

²² Benedicto XVI, *Mensaje para la Cuaresma 2006*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 3 de febrero 2006, p. 56.

El segundo componente esencial de la evangelización, que el Papa Ratzinger resalta a continuación, es la *racionalidad de nuestra fe*. San Pedro nos exhorta siempre a estar preparados para responder a cualquiera que nos pida razones de nuestra esperanza (cfr. 1 Pe 3, 15). Como hemos dicho vivimos en el mundo confuso de la “dictadura del relativismo” (Benedicto XVI), que niega la verdad y pretende sustituirla con opiniones subjetivas y arbitrarias. Es un “mundo líquido” (Z. Bauman), sin alguna certeza y sin ningún punto de apoyo seguro. En esta situación, el Papa continúa e insiste: «El deseo de la verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre. Por eso, en la educación de las nuevas generaciones, ciertamente no puede evitarse la cuestión de la verdad; más aún, debe ocupar un lugar central. En efecto, al interrogarnos por la verdad ensanchamos el horizonte de nuestra racionalidad, comenzamos a liberar la razón de los límites demasiado estrechos dentro de los cuales queda confinada cuando se considera racional sólo lo que puede ser objeto de experimento y cálculo. Es precisamente aquí donde tiene lugar el encuentro de la razón con la fe (...) Por eso, el diálogo entre la fe y la razón, si se realiza con sinceridad y rigor, brinda la posibilidad de percibir de modo más eficaz y convincente la racionalidad de la fe en Dios». ²³ Aquí se abre el vasto e importante espacio de la evangelización de la cultura, porque –como decía Pablo VI– «la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas». ²⁴

El tercer elemento base para la evangelización y también muy apreciado por el Papa Ratzinger es la *belleza de ser cristianos*. Ocurre frecuentemente que el cristianismo, en vez de atraer a los no creyentes, a los lejanos, los asusta. A causa de un prejuicio muy difundido, el cristianismo se identifica con un cúmulo de fastidiosas prohibiciones, una jaula que mortifica la libertad y el deseo de felicidad que todo ser humano lleva dentro de sí. Muchas veces se olvida que el Evangelio es un proyecto de vida fascinante del todo positivo, que corresponde a los anhelos profundos del corazón humano. En el día de la inauguración solemne de su Pontificado, el

²³ Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 16 de junio de 2006, p. 315.

²⁴ Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelio nuntiandi*, n. 20.

Papa afirmó: «Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con Él».²⁵ Un evangelizador auténtico debería saber comunicar el estupor, la maravilla frente a la belleza de Cristo, el “más bello entre los hijos del hombre” (*Sal* 45), la belleza del cristianismo. Un evangelizador auténtico debería poder convencer que realmente vale la pena arriesgar la propia vida por Cristo, por ser cristianos.

6. *Los recursos importantes: nova et vetera...*

Frente a los enormes desafíos que el mundo postmoderno lanza a la Iglesia, la respuesta del Espíritu Santo no se deja esperar. Entre los frutos más preciosos del Concilio Vaticano II, se ha de considerar el gran florecimiento de los nuevos carismas, desde los cuales han nacido numerosas comunidades y movimientos eclesiales. En los últimos decenios, los Pontífices han dedicado una particular atención a esta “novedad”, reconociendo en ella un «don del Espíritu y un signo de esperanza para la Iglesia y para la humanidad»²⁶. El Papa Benedicto XVI, en perfecta continuidad con su predecesor Juan Pablo II, sigue a los movimientos eclesiales desde hace muchos años y ve en ellos una constante en la vida de la Iglesia, «siempre nuevas irrupciones del Espíritu, que hacen siempre viva y nueva la estructura de la Iglesia».²⁷ Estos nuevos carismas han demostrado la capacidad de generar caminos pedagógicos de extraordinaria eficacia educativa y de lograr desplegar sorprendentes potencialidades misioneras en muchísimos fieles laicos. No estamos frente a proyectos abstractos, hechos de papel, sino frente a programas vivos que se dan realmente en la vida de tantas personas y de tantas comunidades cristianas. Para un gran número de hombres y mujeres de nuestro tiempo, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades se han convertido en verdaderos “laboratorios de

²⁵ Benedicto XVI, *Homilía de la Celebración eucarística por el inicio del Ministerio petrino*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español) 29 de abril 2005, p. 231.

²⁶ Cfr. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, n. 15.

²⁷ Card. J. Ratzinger, *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, en: Pontificio Consiglio per i Laici, *I movimenti ecclesiali nella Chiesa*, Ciudad del Vaticano, 1999, p. 25 (*Tdt*).

fe”, ámbitos de un auténtico encuentro con Cristo que ha cambiado sus vidas de manera radical. Éstos han demostrado una sorprendente fantasía misionera y una extraordinaria valentía en el ensayar nuevos caminos para el anuncio del Evangelio. No dudan en atravesar las nuevas fronteras de la evangelización, a las que raramente se acercan otros. El Espíritu Santo cuando interviene sorprende siempre, suscita estupor y a veces desbarata nuestros proyectos, nos cuestiona. Por ello, en las diócesis y en las parroquias, frecuentemente los movimientos se convierten en un “signo de contradicción”, una especie de provocación a quien está inmerso en una pastoral de rutina y que parece haber perdido la pasión misionera. Sin embargo, hoy es imposible hablar de nueva evangelización sin hacer referencia a estos nuevos carismas, porque se trata de un recurso misionero verdaderamente providencial. Por ello, Benedicto XVI insiste: «La Iglesia ha de valorizar estas realidades y, al mismo tiempo, conducir las con sabiduría pastoral, para que contribuyan del mejor modo posible con sus propios dones a la edificación de la comunidad». Y continúa: «Las iglesias locales y los movimientos no son opuestos entre sí, sino que constituyen la estructura viva de la Iglesia».²⁸ En otra ocasión, hablando a los obispos en visita “ad limina”, sostiene: «Después del Concilio, el Espíritu Santo nos ha regalado los "movimientos". A veces, al párroco o al obispo les pueden parecer algo extraños, pero son lugares de fe en los que los jóvenes y los adultos experimentan un modelo de vida en la fe como oportunidad para la vida de hoy. Por eso, os pido que salgáis al encuentro de los movimientos con mucho amor. En ciertos casos hay que corregirlos, insertarlos en el conjunto de la parroquia o de la diócesis, pero debemos respetar sus carismas específicos y alegrarnos de que surjan formas comunitarias de fe en las que la palabra de Dios se convierte en vida».²⁹ Los movimientos y las nuevas comunidades no son por ello un problema pastoral –como a veces todavía se escucha decir–, sino un don del Espíritu Santo para la Iglesia de nuestros tiempos, aunque ciertamente se trata de un don exi-

²⁸ Benedicto XVI, *Encuentro con los obispos de Alemania*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 26 de agosto 2005, p. 448.

²⁹ Benedicto XVI, *Discurso al segundo grupo de obispos alemanes en visita “ad limina”*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 24 de noviembre de 2006, p. 608.

gente y comprometedor. Nuestros proyectos de evangelización se deben abrir ampliamente a estos dones con un vivo sentido de gratitud y responsabilidad.

Hablando de nueva evangelización, no se puede en absoluto olvidar los *carismas antiguos*, de historia plurisecular, y de grandes méritos, que todavía hoy dan una contribución preciosa a la misión de la Iglesia. La Iglesia, con su actitud maternal, acoge con gran amor a todos los carismas *nova et vetera*. En la obra de la nueva evangelización hay lugar para todos, todos son importantes y todos son llamados a dar el propio aporte. En este hecho se encuentra la razón de ser y el valor de este II Congreso Internacional de Cofradías que se celebra en estos días en Murcia. Felicito a los organizadores de esta iniciativa. Históricamente, las Cofradías han sido las primeras formas organizadas de apostolado laical. Por ello, la Iglesia les debe mucho. A lo largo de los siglos han sido escuelas de formación, de vida cristiana, de espiritualidad y de intensa devoción para enteras muchedumbres de laicos, así como instrumentos eficaces de diaconía en la caridad. Sin embargo, las Cofradías, como demuestra este Congreso, no han de ser consideradas como un resto histórico, benemérito, pero perteneciente al pasado. A pesar de la difusa secularización, en muchos países –y entre éstos sin lugar a dudas España ocupa un puesto de relieve– las Cofradías han conservado hasta hoy una sorprendente vitalidad; es más, viven un auténtico período de renacimiento.³⁰ Este hecho se inscribe en el fenómeno más amplio y significativo del redescubrimiento de la religiosidad popular.³¹ Hasta hace no mucho, se observaba a la religiosidad popular y a todas sus variadas manifestaciones con una actitud mixta de sospecha e indignación, como si se tratara de una forma de religiosidad imperfecta e impura, casi como una expresión de ignorancia. En cambio, hoy en día es objeto de una profunda revalorización, que reconoce en ella valores auténticamente religiosos, enraizados en una fe vivida en profundidad, en una fe que se vuelve cultura de un pueblo, para usar la expresión querida por Juan Pablo II. El Papa Pablo VI, en la

³⁰ Cfr. I Congreso Internacional de Hermandades y Religiosidad Popular, *Libro de Actas*, Sevilla, 27-31 de octubre 1999.

³¹ Cfr. G. De Rosa, *La religione popolare. Storia-Teologia-Pastorale*, Roma, 1981.

“*Evangelium nuntiandi*” reconoce en la religiosidad popular «expresiones particulares de la búsqueda de Dios y de la fe». Efectivamente ha insertado de manera significativa la reflexión sobre esta particular forma de religiosidad en el capítulo sobre las “Vías de evangelización” escribiendo: «La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites. (...) Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante».³² La Iglesia mira hoy a la religiosidad popular y en particular al mundo de las confraternidades con gran esperanza, viendo en ellas un potente recurso espiritual en el camino de la evangelización. Las confraternidades, además, por otro lado, fieles a su vocación originaria, deben convertirse en auténticos ámbitos de formación de un laicado maduro e instrumentos ágiles para la nueva evangelización. Están llamadas a abrirse con docilidad a la escucha de aquello que el Espíritu dice a la Iglesia en este momento de la historia y a reavivar en sí mismas la llama viva del celo misionero.

7. *Conclusión: las razones de la esperanza*

Quisiera concluir esta conferencia sobre la misión de los laicos y la nueva evangelización con un fuerte llamado a la esperanza, que he encontrado en las palabras del cardenal Joseph Ratzinger. Durante el Gran Jubileo, el entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe tuvo la oportunidad de hablar justamente de cómo dar vida a una nueva evangelización: «Capaz de hacerse sentir en el mundo que no encuentra acceso a la evangelización “clásica”».³³ Y el cardenal propone a los evangelizadores tres principios basilares:

El primero es el *principio de expropiación*. Como evangelizadores somos siervos y no propietarios de la causa que pertenece a Dios, porque

³² Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelio nuntiandi*, n. 48.

³³ J. Ratzinger, *La nuova evangelizzazione*, in: “*L'Osservatore Romano*”, 11-12 diciembre 2000, p. 11 (Tdt).

es Él quien salva al ser humano: «Evangelizar no es simplemente un modo de hablar, sino más bien un modo de vivir: vivir a la escucha y hacerse voz del Padre»³⁴ –afirma el cardenal. Nosotros buscamos entonces que escuchen a Dios, no a nosotros. «No podemos conquistar nosotros a los seres humanos. Debemos ganarlos de Dios y para Dios. Todos los métodos son vacíos sin el fundamento de la oración».³⁵ Es importante también no olvidar la dimensión eclesial del anuncio: cuando hablamos participamos a la misión de la Iglesia; por lo tanto, no estamos solos. Detrás de nosotros está el Señor y toda la Iglesia. Esta es la primera razón de una gran esperanza.

El segundo es el *principio de la semilla de mostaza*. Decía «¿Con qué compararemos el Reino de Dios o con qué parábola lo expondremos? Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es más pequeña que cualquier semilla que se siembra en la tierra; pero una vez sembrada crece y se hace mayor que todas las hortalizas» (Mc 4, 30-32). Esta parábola nos explica una dinámica muy importante del crecimiento del reino de Dios: habla de pequeños inicios, de la necesidad de la paciencia y la humildad. La ley del Evangelio no es una ley de estadísticas y grandes números. Al contrario, Dios tiene una particular predilección por lo pequeño: «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (Lc 12, 32). El cardenal precisa aun: «Un viejo proverbio dice: “El éxito no es un nombre de Dios”. La nueva evangelización se tiene que someter al misterio del grano de mostaza y no ha de pretender producir inmediatamente un gran árbol. Nosotros (...) debemos (...) aceptar el misterio que la Iglesia es al mismo tiempo un gran árbol y un pequeñísimo grano. En la historia de la salvación siempre es contemporáneamente Viernes Santo y Domingo de Pascua».³⁶ Es una bellísima lección de esperanza para todos nosotros y al mismo tiempo una crítica saludable a nuestra mentalidad de la eficiencia que apunta inmediatamente a la grandeza, a los sucesos estrepitosos y a las masas. Esta ley demuestra que los modos y los tiempos de Dios no son los nuestros.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

El tercero y último principio es aquel del *grano que cae en tierra y muere*: «En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda él solo; pero si muere da mucho fruto» (Jn 12, 24). Aquí estamos tocando el núcleo más profundo de la dinámica de la evangelización. El cardenal señala: «Jesús no nos ha redimido a través de palabras hermosas, sino con su sufrimiento y con su muerte. Esta pasión es la fuente inagotable de vida para el mundo; la pasión confiere fuerza a su palabra».³⁷ Al centro del camino de la evangelización se encuentra siempre la lógica de la Cruz: un fracaso convertido en la más grande victoria en la historia. Recientemente, ya como Papa, ha hablando justamente de los “fracasos de Dios” a lo largo de la historia de la salvación. Sólo a la luz de la “ley” del grano que muere se puede comprender el verdadero sentido de estos “fracasos”. El Papa Benedicto XVI afirma: «Al inicio Dios fracasa siempre, deja actuar la libertad del hombre, y ésta dice continuamente "no". Pero la creatividad de Dios, la fuerza creadora de su amor, es más grande que el "no" humano. (...) Así pues, debemos preguntarnos: ¿Qué significa todo eso para nosotros? Ante todo tenemos una certeza: Dios no fracasa. "Fracasa" continuamente, pero en realidad no fracasa, pues de ello saca nuevas oportunidades de misericordia mayor, y su creatividad es inagotable. No fracasa porque siempre encuentra modos nuevos de llegar a los hombres y abrir más su gran casa, a fin de que se llene del todo».³⁸ Aquí la razón del porqué la esperanza no nos puede abandonar nunca. Dios no fracasa, aun si es que mirando a nuestro mundo podría parecer lo contrario... Benedicto XVI continúa asegurándonos de que «también hoy encontrará nuevos caminos para llamar a los hombres y quiere contar con nosotros como sus mensajeros y sus servidores».³⁹ Entonces vayamos mar adentro y lancemos con valentía las redes para la pesca...

³⁷ *Ibid.*

³⁸ Benedicto XVI, *Homilía a los obispos suizos*, en: *L'Osservatore Romano* (edición semanal en español), 17 de noviembre de 2006, p. 591.

³⁹ *Ibid.*